

Exploraciones/Explorations

Humala antes de Ollanta: evolución política del nuevo presidente peruano

Felipe Nesbet-Montecinos

Resumen: La sorpresiva elección de Ollanta Humala como nuevo presidente del Perú generó muchísimas interrogantes y resquemores entre la comunidad internacional y los propios peruanos. Algunas de estas incógnitas se pueden dilucidar observando el camino que llevó a Humala hacia la presidencia. El presente artículo busca revisar la evolución del pensamiento político de Humala, desde su irrupción en la escena política en 2001, sublevándose contra el gobierno de Alberto Fujimori; las características del movimiento etnocacerista, en el cual se inició políticamente; su ruptura con esta organización, que se extendió hasta con su familia; terminando con su campaña presidencial de 2006, que perdió por estrecho margen. *Palabras clave:* Ollanta Humala, Antauro Humala, Isaac Humala, etnocacerismo y nacionalismo peruano.

A un mes de las elecciones presidenciales peruanas de 2011 pocos daban opciones reales al candidato del Partido Nacionalista Peruano (PNP), el teniente coronel en retiro Ollanta Humala. Pero la volatilidad electoral peruana lo convirtió en la única opción de los sectores críticos al el modelo neoliberal. De esta forma Ollanta pasó a la segunda vuelta electoral, donde superó a Keiko Fujimori. Su triunfo despertó inquietantes temores en los mercados internacionales, que resintieron su elección con una fuerte caída en la Bolsa de Lima, y en la comunidad internacionalmente, especialmente en el vecino Chile, país al que antes consideraba su enemigo. Estas interrogantes son propias para un personaje con muchas complejidades, como lo es Humala. Por un lado es un hijo rengado, en todo el sentido de la palabra, de un proyecto político familiar indianista, con rasgos fascistoides, como lo es el etnocacerismo. Por otro es un militar de naturaleza reformista. A pesar de que las posturas políticas de Humala han cambiado mucho, desde que apareció en el escenario político peruano, resulta interesante observar sus ideas originarias y la forma en la que fue moderando sus planteamientos.

Regresa el reformismo militar

A fines de 2000, cuando el cuestionado presidente Alberto Fujimori había anunciado su pronta salida del poder y se buscaba afanosamente a su asesor de inteligencia, Vladimiro Montesinos, en el cuartel andino de Locumba, cerca de la frontera con Chile, nueve soldados y 69 reservistas, liderados por el teniente coronel (comandante en jerga militar) Ollanta Humala y su hermano Antauro, mayor en retiro del Ejército, se levantaron en armas. Los insurgentes capturaron al jefe de la división militar, y ocuparon una estación minera. En sus proclamas exigían la inmediata renuncia de Fujimori, sin importar la anunciada salida de éste. El alto mando inició una ofensiva contra los rebeldes, pero estos marcharon por la sierra con el

objetivo de recorrer el país. Aunque en un principio se pensó que la asonada era un ardido de Montesinos, los militares rebeldes abjuraron de toda autoridad civil. En su manifiesto declaraban:

1. Adherirme como primera unidad del Nuevo Ejército Peruano, no al parloteo de los politiqueros, sino al clamor y lucha del Perú profundo, desconociendo toda autoridad a los delincuentes Alberto Kenyo Fujimori Fujimori, José Villanueva Ruesta y Vladimiro Montesinos Torres,¹ obstruyendo así sus pretensiones de degenerar al pueblo y Ejército Peruano (Humala I. 2000).

Como se ve la principal motivación de los soldados era el *esprit de corps* (espíritu de cuerpo) castrense (von Clausewitz 1999), que los instó a recuperar el honor militar tras una década de corrupción bajo el régimen fujimorista. En otras palabras, la asonada era una demostración hacia la ciudadanía de la existencia de sectores ‘sanos’ en las Fuerzas Armadas, arraigados en la oficialidad joven. El alzamiento de Locumba marcó el resurgimiento de la vasta tradición de reformismo en el Ejército peruano, que parecía extinguido tras el fin de la revolución nacionalista del general Juan Velasco Alvarado (1968-1975).

Los insurrectos calificaron su acción con el adjetivo de ‘etnocacerista’. Su nombre apela a la raíz étnica y a la figura de Andrés Avelino Cáceres, uno de los héroes de la resistencia contra la ocupación chilena en la Guerra del Pacífico (1879-1883). Esta ideología busca reconstruir el Imperio Inca (*Tahuantinsuyo* en quechua), lo que implicaría la hegemonía política-económica de los indígenas andinos por sobre los descendientes europeos, y los otros grupos indígenas peruanos; la continuación del proyecto nacionalista de Velasco Alvarado; y un inevitable conflicto militar con Chile.

El mentor de esta ideología, Isaac Humala, padre de los protagonistas del levantamiento, era un prospero abogado proveniente de una familia de la sierra peruana con noble abolengo incaico. Respetando sus orígenes, Humala bautizó a sus hijos con nombres que aludían al pasado incaico: Pachacutec, Ima Sumac, Cusicollur, Ollanta (‘el guerrero que desde su atalaya lo ve todo’ en aymara) y Antauro (‘estrella cobriza’ en quechua). La particularidad de la familia Humala es que su genotipo étnico corresponde a mestizos, pero reivindicaban su componente indígena por sobre el español. Incluso, la esposa de Isaac, madre de Ollanta y Antauro, tiene ascendencia italiana. Humala padre había enviado a sus hijos a la Escuela Militar con el objetivo explícito de tomarse el poder en un futuro próximo (Camacho, 2006).² Dentro de las filas militares los hermanos Humala fueron propagando las ideas que les inculcó su padre, llegando a formar el Movimiento Etnocacerista (MEC).

Dentro y fuera de los cuarteles: crecimiento del etnocacerismo

La primera rebelión de los etnocaceristas fue innecesaria: al poco tiempo Fujimori envió su renuncia vía fax y huyó a Japón, con lo que los insurrectos cumplieron con su compromiso y se rindieron ante el nuevo gobierno interino. El presidente provisorio, Valentín Paniagua, amnistió a los Humala por lo que Ollanta pudo regresar a los cuarteles, pero, consciente de su peligrosidad, no le dieron mandos operativos con los que podría volver a alzarse. La misma política siguió la administración de Alejandro Toledo (2001-2006) (Nesbet 2010), por lo que Ollanta asumió

labores administrativas y realizó un magíster de Ciencias Políticas en la Universidad Católica. En 2003 fue nombrado agregado militar en Francia (donde siguió estudiando). En el exterior el comandante Humala se convirtió en un oficial imperpetinente, que daba consejos al alto mando, sin que éste se lo pidiera. Solicitó una Corte Marcial para todos los oficiales que aparecieron en los videos de Actos de sujeción a Montesinos; aconsejó sobre los problemas limítrofes con Chile; y sugirió respaldar las demandas marítimas bolivianas. Desde la disciplina militar esta es una actitud indebida, que raya en la indisciplina. La posición de Ollanta expresaba en términos más aceptables algunas de las demandas etnocaceristas:

- o El rechazo a la soberanía chilena de las antiguas provincias peruanas de Arica y Tarapacá, perdidas en la Guerra del Pacífico, lo que se reconoció en el Tratado de Paz de 1929.
- o Pronunciamiento de las Fuerzas Armadas sobre las demandas territoriales bolivianas,³ lo que implicaba una violación al principio de obediencia militar al poder político.
- o Un proceso de rearme militar, que disuada el armamentismo chileno. ‘Pese a tener la convicción de que un probable conflicto armado con Chile, no es deseable para el país, este podría resultar inevitable. No está demás recordar, la similitud de este período con el pasado histórico previo a la guerra con Chile de 1879’ (Humala O. 2004). Parte de este proceso sería la inclusión del Servicio Militar Obligatorio, como instrumento disuasivo, lo que en las doctrinas modernas de defensa se ha dejado de lado.

A pesar de que el comandante Humala se negó a dar el examen de ascenso fue mantenido en su puesto, para luego ser enviado a Corea del Sur, una agregaduría militar inexistente que se creó expresamente para él. Mientras en Perú Antauro llevaba a cabo una campaña política, con miras a posicionar a su movimiento como una opción política ante el prematuro desprestigio del gobierno de Toledo. En la campaña etnocacerista los reservistas y licenciados (jóvenes que habían terminado el servicio militar) cumplieron un rol clave. Muchos de estos muchachos eran veteranos de la lucha contra la guerrilla maoísta de Sendero Luminoso y de la guerra contra Ecuador de 1995, donde recibieron preparación en oficios como mecánicos, choferes, enfermeros, agentes de seguros, pero fuera de los cuarteles se les hizo complicado ejercer sus estudios. Pero el *esprit de corps* que adquirieron en el Ejército les dio una entidad como grupo (Caballero 2006). A tanto llegó su impronta castrense que en las afueras de la ciudad de Ayacucho establecieron un campamento sobre terrenos ocupados ilegalmente, con todas las características militares: carpas personales organizadas como una base, y ceremonias de izamiento de la bandera entonando el himno nacional. Incluso, marchaban y hacían ejercicios de combate. No obstante, el etnocacerismo presenta un paradójico militarismo. A pesar de sus rasgos claramente militaristas son contrarios a la institución militar peruana, que consideran ‘achilenizada’, ‘prostituida’ y corrompida hasta el tuétano, según las frases de Antauro Humala.⁴ Hablaban de vladigenerales, por los oficiales ascendidos por Montesinos, y al general Luis Muñoz, se le sindicó como travestí, por unos videos en los que aparecía vestido de mujer.

Los reservistas recorrían las calles de las ciudades peruanas ofreciendo el peiródico del movimiento, bautizado como ‘Ollanta’. A fines de 2002 ya tenía un

tiraje de 50.000 ejemplares. Fuera de lo que se pueda pensar, tratándose de un movimiento radical, este folleto buscaba una seriedad, por lo que intentaba argumentar sus planteamientos. En casi todos sus números aparecían artículos históricos referentes a las figuras del pasado incaico, los héroes de la guerra del Pacífico, actualidad internacional, e incluso varios textos sobre el pensamiento de Charles de Gaulle, a quien Antauro admira mucho. Más que denostar llenan de ironías sus páginas contra los funcionarios de la administración de Toledo, y los altos mandos castrenses. Es llamativo que no se lean ofensas contra Chile ni los chilenos, que no son extrañas en la prensa peruana.⁵ Los insultos iban dirigidos hacia los peruanos chilinizados, como algunos generales de Ejército que recibieron condecoraciones de sus vecinos del Sur, y la Marina, que tiene un busto del héroe chileno Arturo Prat.

El 29 de octubre de 2003, tercer aniversario de la sublevación de Locumba (se distingue un respeto por las fechas, una característica netamente militar), en un acto en Tacna, los etnocaceristas fundaron oficialmente su referente político, el Movimiento Nacionalista Peruano (MNP). Esta entidad tenía un cariz militarista en su estructura, que en el caso peruano se reflejaba en los llamados batallones, compuestos enteramente por reservistas. Antauro Humala era el jefe de estos batallones con el cargo de Comandante Nacional.

Por esa época el MNP comenzó a vincularse con el régimen chavista venezolano. La alianza entre los etnocaceristas y el gobierno de Caracas era del todo lógica. Son movimientos *antiestablishment*, nacidos en los cuarteles, que en un momento se alzaron militarmente, y que, además, compartían su admiración por Velasco Alvarado.⁶ Desde la visión geopolítica militar Venezuela y Perú son aliados en la enemistad común hacia Colombia. No obstante, a algunos miembros del movimiento, defensores de la seriedad andina, no les agradaba la bufonería chavista (Nesbet 2010).

A partir de 2004 el MNP se relacionó con uno de los grupos emergentes más poderosos de la política andina, los cocaleros, y se sumaron a sus protestas en Lima y provincias; incluso participaron en las manifestaciones contra la visita de George Bush en 2002. Vale la pena recordar que en ese momento Evo Morales se convirtió en un factor determinante en el poder boliviano, había derrocado a Gonzalo Sánchez de Losada, y su apoyo sostenía a Carlos Mesa en la presidencia. Derivado de su vertiente étnica, los etnocaceristas apoyaban el libre cultivo y transporte de la hoja de coca en el país. Hasta llegaron a plantear que la coca podría solucionar los problemas de la agricultura peruana, boliviana y colombiana, por lo que propusieron el manejo industrial de estos cultivos. De hecho, una de sus consignas era: ‘peruano haz patria: siembra coca’.

El ejemplo chavista en Los Andes: alzamiento de Andahuaylas

En diciembre de 2004 Ollanta Humala escribió una carta al comandante en jefe del Ejército, el general Luís Muñoz, calificándolo como indigno para comandar a la milicia, por haber sido ascendido en forma fraudulenta a general en tiempos de Fujimori. Como era de esperar este hecho le valió su tramitación a retiro. Al poco tiempo, en medio de las celebraciones por el año nuevo, llegó la noticia de la toma de una comisaría policial en la pequeña ciudad de Andahuaylas, ubicada en la sierra sur, por parte de reservistas y licenciados del Ejército encabezados por Antauro

Humala. En el hecho murieron seis personas, cuatro policías y dos reservistas etnocaceristas. Desde Seúl, Ollanta envió una carta en la que llamó a sus camaradas de armas a no obedecer a sus superiores, y cuestionó la legitimidad del propio presidente Toledo, por sus acusaciones de corrupción. Pero nadie respondió al llamado, con lo que Antauro y sus seguidores quedaron solos y no tuvieron otra opción que entregarse sin mayor lucha. Resulta obvio que los Humala no deseaban un golpe de Estado, en ese caso hubieran intentado una acción en Lima con unidades de mayor poder de fuego. Muy probablemente, siguiendo el ejemplo chavista del frustrado golpe del 4 de febrero de 1992, la acción intentó capitalizar a favor de su movimiento y su líder, Ollanta Humala, aún en Seúl y por ende inocente del hecho, el enorme descontento con el gobierno de Toledo con miras a las elecciones de 2006 (Valladares 2005). Para Alicia Jiménez, dirigente del movimiento etnocacerista, existían varios generales comprometidos con el movimiento, pero a último momento recularon. Aún así, para demostrarle al gobierno que no eran *cojudos* (ton-tos) siguieron adelante (Nesbet 2010).

No obstante, los cálculos de los Humala no resultaron errados. El apoyo popular se manifestó el mismo día de la rebelión. Se produjeron movilizaciones espontáneas en la propia Andahuaylas, Ilave, Puno, Huamanga y Arequipa. En Lima existió la más completa indiferencia ante el episodio, nadie se manifestó ni a favor ni en contra, a pesar del desusado espacio que le brindaron al episodio los medios de comunicación (Valladares 2005). Según un estudio, un 30 por ciento de la población aprobó el alzamiento.

Etnocaceristas y nacionalistas: pelea entre los Humala

Ollanta regresó a Lima en febrero de 2005 con la intención de ser candidato presidencial. El mayor de los Humala mantuvo un discurso propio de un *outsider* político, criticando a los ‘panzones’, pero ya no habló de enviar a todos los corruptos al paredón. Poco a poco el comandante se fue desmarcando de la radicalidad de su hermano, se declaró nacionalista y no etnocacerista, e incluso cuestionó el Andahuaylazo. Respaldo un sistema democrático liberal en el cual se respetaran a todas las etnias, lo que después denominó ‘nacionalismo integrador’. Desde la cárcel Antauro cuestionó su viraje, llegándolo a tratar de ‘maricón’. El semanario ‘Ollanta’ cambió de nombre y pasó a llamarse ‘Antauro’. El menor de los Humala intentó postularse a la presidencia con el respaldo del resto de su familia. Pero el consejo electoral se lo impidió por estar procesado, por lo que su hermano mayor, Ulises (uno de los pocos que no recibió un nombre indígena) asumió la candidatura del movimiento. Sin embargo, existió la teoría de que la ruptura familiar era más ficticia que real. El propio Isaac Humala dijo que estaba con sus dos hijos, y esperaba que cuando Antauro saliera de la cárcel vuelvan a trabajar juntos (Nesbet 2010). En marzo de 2005 Humala padre convocó a los principales dirigentes del MNP, y les anunció que dejaría el liderazgo del movimiento a su hijo Ollanta, y puso a los dirigentes etnocaceristas a su disposición (Camacho 2006). Lo mismo ocurrió con los miles de reservistas, que pasaron a trabajar con el comandante, y los nexos con los cocaleros, que en buena parte financiaban la campaña. La candidatura de Ulises fue dejada a su suerte y obtuvo un 0,2 por ciento de los votos.

Sin el estigma radical de su familia Ollanta Humala iba recibiendo múltiples respaldos, que iban desde antiguos velasquistas, el Partido Comunista peruano, hasta de algunos empresarios. Ollanta no logró completar las firmas para inscribir al MNP como partido, e inscribió su candidatura por la organización que lideraba el exsecretario general de las Naciones Unidas, Javier Pérez de Cuellar. Posteriormente, Perú Posible, el partido de Toledo, sin opciones de triunfo, también se sumó al proyecto nacionalista. Con la estructura partidaria de los toledistas y los recursos de los cocaleros, los nacionalistas lograron hacer una campaña que se centró en las comunidades rurales de la sierra y la amazonia.

La candidatura de Humala cabe dentro de un nacionalismo de izquierda, como una más de las alternativas latinoamericanas al neoliberalismo, lo que lo emparentó con el chavismo, Evo Morales en Bolivia, y Rafael Correa en Ecuador. Sus planteamientos económicos iban en esta sintonía. Se mantuvo la postura del rol estatal en la economía, el rechazo al Tratado de Libre Comercio (TLC) con Estados Unidos, y a la estatización de los recursos energéticos, (un rasgo netamente militar), pero ya no se hablaba de ‘deschilenizar’ la economía, ni de nacionalizar los medios de comunicación. Al igual que en muchas experiencias de reformismo militar en la historia latinoamericana, se observa como el nacionalismo, esencial en los militares y parte determinante de la izquierda latinoamericana, hacen posible la alianza entre los sectores progresistas y los uniformados (Nesbet 2010).

Mediante Salomón Lerner,⁷ exministro de Velasco Alvarado, Humala mantuvo nexos hacia el empresariado. Lerner organizó reuniones en Washington con representantes del Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional (FMI), y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID). Junto con Lerner, el director del Banco Central de la Reserva, Gonzalo García, se convirtió en el principal asesor financiero de Humala. En temas de seguridad su mano derecha fue el general Ludwig Essenwanger, exdirector del servicio de inteligencia en el segundo gobierno de Fernando Belaúnde (1980 – 1985). Desde hacía un tiempo Essenwanger venía relacionándose al movimiento etnocacerista, incluso era colaborador del semanario ‘Ollanta’ y prologó un libro de Antauro. No obstante, el nacionalismo de Ollanta careció de una fuerte presencia militar. Salvo Essenwanger Humala no se rodeó de ex-oficiales, y los pocos que lo acompañaron, (algunos de los cuales trabajaron con Fujimori y Montesinos) se dedicaron a los aspectos de la logística de su campaña: traslados a provincia y sus mítines, y otros escribieron en su semanario ‘La Olla’ (Pérez 2006).

Derechistas y apristas unidos: la derrota electoral de Ollanta

En abril de 2005 Ollanta Humala, enfrentado a su hermano, inscribió el nombre de Partido Nacionalista Peruano (PNP) para su organización política. El PNP bebía ideológicamente del pensamiento de José Carlos Mariátegui, célebre pensador marxista, las ideas iniciales de Víctor Haya de la Torre, fundador del Partido Aprista (el más importante de Perú), y del propio general Velasco Alvarado.

‘El Perú transcurre por momentos difíciles a consecuencia del neoliberalismo que ha provocado, además, de la desnacionalización de los recursos fundamentales del país, un deterioro casi irreversible del patrimonio natural y cultural que

arruina el presente e hipoteca el futuro de todas las peruanas y todos los peruanos. En ese sentido, el Proyecto Nacionalista que encabeza el comandante Ollanta Humala busca construir una mayoría social y política para transformar el Perú, que organice la esperanza y, sobre todo, movilice todos los recursos humanos y morales de nuestro pueblo en esta tarea históricamente inaplazable de reconstruir el Estado peruano. Pero, además, el reto de dignificar la política y refundar la democracia, desde un proyecto de desarrollo económico y social que promueva la justicia y la igualdad de todos los hombres y todas las mujeres que viven en nuestro país' (Humala O. 2006, 2).

El Partido Nacionalista estaba fuertemente centralizado en la persona de Ollanta. Aunque esa verticalidad remitía a la lógica militar, en el caso peruano era natural que los partidos políticos estuvieran nucleados en su líder y fundador.

En marzo de 2006 el militar en retiro alcanzó en intenciones de voto a Lourdes Flores, abanderada del Partido Popular Cristiano (PPC), de filiación democristiana, hasta ese entonces favorita en las encuestas. La derecha y sus medios de comunicación comenzaron a atacar la candidatura de Humala, y presentaron la contienda como la elección entre la democracia, representada por Flores, y el autoritarismo del comandante.

El respeto a los contratos de estabilidad tributaria entre el Estado peruano y las grandes empresas extranjeras, la firma del TLC con los Estados Unidos y la continuidad de la política económica liberal, fueron equiparados a la democracia; mientras que el nacionalismo económico, los frenos a la inversión extranjera, el control de sus ganancias y la lucha contra la discriminación racial y cultural, terminaron asociados, en la campaña electoral, a las desapariciones forzadas, la homofobia, la dictadura y la violación a la libertad de prensa (Contreras 2006, 20).

En ese entonces, apareció una acusación por violación a los derechos humanos contra Humala, cuando fue jefe militar en la selva central. El Ejército no pudo entregar los expedientes del candidato ya que se habían 'extraviado'. Esto demuestra, nuevamente, el *esprit de corps* militar, ligado al paternalismo existente en el Ejército peruano. Por más díscolo que haya sido el comportamiento de los Humala eran 'sus muchachos' y no los iban a exponer al castigo de los civiles; por último, si alguien los tenía que castigar serían ellos.

Otro elemento que usaron en su contra fue su vinculación con Hugo Chávez. Para la clase media y alta limeña la imagen de Chávez era un recuerdo de Velasco Alvarado, el gobernante que atacó con mayor fuerza a la oligarquía. El efecto de esta campaña de satanización fue contraproducente, y el respaldo al abanderado nacionalista se solidificó, colocándole en el primer lugar en las encuestas. Víctor Caballero presentó el ejemplo de las comunidades de Umasi, Arcaya y Racaya, en el departamento de Ayacucho, donde existieron los peores excesos militares en la guerra sucia contra Sendero Luminoso, lo que no impidió que la votación a Humala superase el 60 por ciento (Caballero 2006). Aunque en los sectores urbanos las Fuerzas Armadas eran muy impopulares, por la corrupción en la que cayeron bajo el régimen fujimorista, en los lugares más recónditos del país preservaban un prestigio por el servicio militar, que significó una oportunidad de ascenso social, y la

experiencia de la guerra contra Sendero Luminoso (Pajuelo 2006). No se debe olvidar, que, históricamente en Perú, como en muchos países de Latinoamérica, el Ejército reemplaza al Estado brindando labores de alfabetización, salud, mediante las llamadas acciones cívicas.

Para las elecciones, celebradas en abril de 2006, Ollanta obtuvo un 30,6 por ciento, y Alan García, expresidente y candidato aprista, un 24,3 por ciento, que lo puso por encima de Lourdes Flores.⁸ El aprismo y la derecha, que habían tenido décadas de sangrientos enfrentamientos, se tuvieron que dar la mano para evitar que el nacionalismo de izquierda llegase al poder.⁹

Aunque la campaña que vinculaba a Humala con Chávez sólo logró reforzar su opción, que para la segunda vuelta subió cinco puntos porcentuales, no fue suficiente para vencer la alianza del aprismo con la derecha. Para muchos Ollanta había perdido una oportunidad de llegar al poder que no se volvería a repetir. Y había razones para creer esto. Haciendo gala de su impericia política, poco tiempo después de las elecciones más de la mitad de sus diputados lo abandonaron. Con un grupo de congresistas reducido perdió buena parte de su poder de influencia. De hecho, ante la matanza de indígenas en Bagua y el escándalo de espionaje chileno en 2009 tuvo un rol bien secundario.¹⁰ Por eso, gran parte de los analistas peruanos (y algunos chilenos como este autor) le daban muy pocas opciones para suceder a Alan García en 2011. Pero la volatilidad electoral peruana y la incapacidad de la izquierda en levantar un candidato, le dieron el respaldo suficiente para pasar a la segunda vuelta presidencial, donde superó a Keiko Fujimori, la hija del presidente que intento derrocar hace más de diez años.

Hugo, Lucio o Lula: a modo de conclusión

Como todo gobierno que se inicia el presidente Humala está gozando de su ‘luna de miel’. Las encuestas señalan que el 70 por ciento de la población respalda su gestión, y se siente cómoda con su estilo mesurado (TVPerú, 2011). Pero ninguna ‘luna de miel’ es eterna, y pronto Humala tendrá que saborear las amargas del poder. El contexto político en el que gobernará se divisa muy sombrío. Con el único respaldo de los toledistas la nueva administración tendrá que sobreponerse a la oposición masiva de la derecha tradicional, el fujimorismo, el aprismo (aunque muy debilitado), y la izquierda tradicional y los propios etnocaceristas. Estos sectores, que lo apoyaron como el mal menor, pueden movilizar a la oposición social al gobierno, ante cualquier medida que no les agrade.

Se podría preguntarse si Ollanta se asemejaría más al radicalismo de Hugo Chávez o viraría hacia la derecha como el ecuatoriano Lucio Gutiérrez. Ahora la interrogante adquiere mayor relevancia, pero con otra alternativa: el expresidente brasileño Lula da Silva, quien lo asesoró en su campaña. La relación con el líder carioca certificaba la moderación política de Humala, y la promesa de implementar políticas de inclusión social, siguiendo el ejemplo del gobierno de Lula. Esta nueva relación también se puede leer como un cambio en la configuración geopolítica de Perú; algo que para un militar como Humala resulta clave. Lima abandonaría su histórica alianza con Argentina,¹¹ y el alineamiento irrestricto con Washington, que siguieron sus distintos gobiernos en las últimas décadas, para plegarse al liderazgo del gigante sudamericano.

Aunque el propio Humala dejaba entrever su admiración hacia el modelo brasileño, algunas señales indican que su camino se puede bifurcar hacia los extremos. El manejo económico se lo dejó a personeros neoliberales que venían del gobierno anterior. Esto hace recordar al coronel Lucio Gutiérrez, que llegó al poder con una retórica izquierdista, pero a los meses terminó aliado con la derecha, y fue derrocado en 2005. Por otro lado, en su ceremonia de asunción el comandante-presidente juró ante la Constitución de 1979, derogada por Fujimori, lo que trajo a la memoria el juramento de Chávez, cuando calificó a la Carta Magna venezolana de moribunda. Solamente después de la ‘luna de miel’ se irá viendo a cual de estas alternativas se asemejará más el nuevo gobierno peruano. La historia recién comienza a escribirse.

* * *

Felipe Nesbet-Montecinos es periodista de la Universidad Austral de Chile (UACH) y Magister en Estudios Latinoamericanos de la Universidad Autónoma Nacional de México (UNAM). Su principal línea de investigación es el pensamiento militar latinoamericano, desde el cual ha analizado las relaciones chileno-peruanas. Este trabajo es parte de la tesis de Magister del autor, que trató sobre el reformismo militar en Perú, Ecuador y Venezuela, en cuyo proceso realizó una estancia de investigación en estos países, donde pudo conversar con varias fuentes relevantes para este artículo. <felipenesbet@gmail.com>

Notas

1. La foto de Alberto Kenyo Fujimori Fujimori, José Villanueva Ruesta y Vladimiro Montesinos Torres se puede ver en: <http://mnp.pe.tripod.com/foto4.jpg>.
2. A regañadientes Ollanta tuvo que dejar sus estudios de zootecnia en la Universidad Agraria.
3. La posición peruana es importante en este tema, ya que en los Tratados de 1929 se estipuló que si Chile cedía algunos de los territorios que fueron peruanos, necesitaría el visto bueno de Lima. Por eso, ante la eventualidad de que Bolivia recupere su salida al mar, (perdida también en la Guerra del Pacífico) mediante un corredor entre la frontera chileno-peruana, es clave la postura peruana.
4. ‘¿Que te gustaría que fuera tu hijo mayor?’
‘Militar. Quiero que sea militar’.
‘Pero ¿no te sientes defraudado por las fuerzas armadas?’
‘Sí’.
‘¿Entonces?’
‘Igual quiero que sea militar’, [diálogo con un etnocacerista, Gastelmundi 2005].
5. ‘El problema no es contigo porque tú eres chileno, y defiendes lo tuyo. Si estamos en una guerra te vamos a matar y a enterrar como corresponde. El problema es con los peruanos traidores que apoyan a los chilenos’ (entrevista con Isaac Humala en Nesbet 2010, 223).
6. Siendo cadete militar Chávez conoció al caudillo militar peruano, quien le regalo un libro que se convirtió en uno de sus textos de cabecera.
7. Lerner llegó hacia Humala como emisario de la comunidad judía peruana, temerosa de un antisemitismo del candidato nacionalista, que éste reconoció en grado menor entre sus adherentes.
8. Se dijo mucho que el aprismo ejerció un fraude, mediante su estructura partidista, lejos la más sólida del país, que le permitió controlar muchas mesas electorales en distintos puntos del país. Flores no denunció esto por presiones de la embajada norteamericana, conscientes de que García era una opción más competitiva ante Humala que la lideresa socialcristiana.
9. Mario Vargas Llosa, un férreo crítico de García, lo terminó respaldando como el mal menor, con la

